

La asignatura pendiente del partidismo extremo

JUAN M. HERNÁNDEZ PUÉRTOLAS

LA VANGUARDIA, 20.01.10

Una de las mayores críticas efectuadas a este primer año de la Administración Obama es que, pese a lo prometido por el entonces senador por Illinois durante la campaña electoral, no se ha avanzado nada en la enconada conflagración partidista entre demócratas y republicanos, como se ha reflejado en el tránsito por el Congreso de la reforma de la sanidad y en casi todas las iniciativas emprendidas por el Gobierno. Si bien es cierto que dos no se pelean si uno no quiere, no lo es menos que la reconciliación es imposible si ambas partes no están dispuestas a ceder algo.

La verdad es que la cosa no empezó mal del todo. Obama evitó ensañarse, al menos en lo personal, con su antecesor, aunque las veladas alusiones a la difícil herencia recibida -al menos en política exterior- han sido una constante a lo largo de los últimos doce meses. También fue notable la rama de olivo ofrecida a la oposición en materia de altos cargos, con especial referencia a la continuidad en su puesto del último secretario de Defensa de George W. Bush, Robert Gates.

Pero el temor del Partido Republicano - hasta cierto punto comprensible- de que Obama iba a aprovechar la impopularidad de Bush y la gravedad de la crisis económica para dar un giro de 180 grados e iniciar un largo periodo de hegemonía demócrata ha hecho imposible cualquier atisbo de reconciliación. El mapa político, prácticamente inmóvil en los ciclos electorales de los comicios de los años 2000 y 2004, súbitamente

cambió en el 2008; estados de tradicional inclinación republicana, al menos en la esfera presidencial, como Virginia, Carolina del Norte, Indiana o Colorado, se inclinaron por Obama, al tiempo que los demócratas conseguían cómodas mayorías en ambas cámaras del Congreso. Si el partido del elefante no era capaz de movilizar a sus bases y presentar una sólida alternativa, el realineamiento por el que suspiraba el Partido Demócrata podía ser posible.

Alternativa sólida no se ha presentado, pero capacidad de obstrucción altamente ideologizada, la que ustedes quieran. Quizás sólo desde el púlpito de la Casa Blanca era posible la reconciliación, pero el protagonismo concedido por Obama a los líderes de su partido, a la speaker Pelosi en la Cámara de Representantes y al jefe de la mayoría demócrata, Harry Reid, en el Senado, ha acentuado el tinte partidista de la nueva Administración.

También eso tiene una explicación. Barack Obama llegó a Washington hace un año con el propósito expreso de no cometer el mismo error de los dos últimos presidentes pertenecientes a su partido, Jimmy Carter y Bill Clinton, que fue el de apenas contar con sus aliados en el poder legislativo, también con la reforma sanitaria como telón de fondo. La negativa de Carter a emprender tal reforma propició, entre otras razones, la insurgencia de Ted Kennedy en 1980, que dividió al partido hasta el punto de hacerlo presa fácil de un político al que por aquel entonces no se le concedía posibilidad alguna de llegar a la Casa Blanca, Ronald Reagan. Trece años más tarde, Clinton concedió el timón de la reforma sanitaria a su esposa, Hillary, y al consultor neoyorquino Ira Magaziner para presenciar impotente cómo ese barco se estrellaba en los

arrecifes de la capital federal ante la indiferencia de sus correligionarios legislativos y el regocijo de los republicanos.

Esta vez, en cambio, la reforma sanitaria puede salir adelante, pero a Obama no le sobra ni un solo voto en el Senado -le puede incluso faltar, en función de cómo se decidiera ayer en Massachusetts la elección especial para reemplazar al senador Kennedy- y muy pocos en la Cámara de Representantes, donde a muchos diputados les preocupa la absurda pero vociferada acusación de que el nuevo sistema es una nacionalización encubierta de la sanidad pública.

En el fondo, el futuro político de Obama aparece inexorablemente ligado a lo de siempre, la situación económica y, más concretamente, a la creación de puestos de trabajo, sin por supuesto olvidar la permanente espada de Damocles del terrorismo internacional de raíz islamista. Nada, sin embargo, está escrito. El partido de Clinton y Obama resultó abrumadoramente derrotado en las legislativas de 1994, pero el penúltimo presidente demócrata obtuvo una cómoda reelección dos años más tarde.